



Antes y después de las obras de rehabilitación de la torre de la iglesia de Santa Catalina.

## Ya está ahí

Aurelio Maroto

Podemos imaginar lo que los más viejos del lugar sienten al mirar al cielo. Ven el nuevo chapitel de la torre. Se trata de un ejemplo de obra moderna, compleja y grandiosa a la vez. Sin embargo, esa modernidad se mezcla con el recuerdo, con el pasado, con la historia... Esos solaneros, ya octogenarios, han sido devueltos a su niñez, dura niñez de la preguerra, pero hermosa etapa de la vida al fin y al cabo. Han alzado la vista, han visto el nuevo chapitel y tal vez su existencia ha pasado como un rayo por su mente. ¡Parece mentira! ¡Cómo ha pasado el tiempo!, se habrán preguntado. Ese chapitel es un símbolo de vida, pero a la vez un recordatorio de que nuestro paso por aquí dura un suspiro.

El caso es que, once meses después de iniciarse las obras, el chapitel ya luce listo para permanecer ahí arriba otro pu-

ñado de siglos. Ha sido un proceso difícil, a veces atribulado desde que la madera comenzó a montarse en un taller especializado de Granada. En mayo de 2004 llegó la enorme grúa auxiliar que sería montada a los pies de la torre. Después se instaló el andamiaje a partir de los balcones para abrazar el chapitel del año 57. La empresa CLAR tenía de plazo hasta octubre para terminar el trabajo. Pero la complejidad de la obra pronto produjo retrasos.

La aparición de un zuncho de hormigón que construyeron los albañiles del 57 sobre la cornisa de piedra fue el primer contratiempo serio. El 12 de julio llegaron los carpinteros para iniciar por fin el montaje de las piezas prefabricadas en madera de pino lambricio. Pero seguían pasando semanas enteras sin que los trabajos avanzaran.

El problema era doble. Por un lado, la nueva ley de seguridad obligaba a insta-

lar un andamiaje muy estrecho y a colocar la estructura sin retirarlo, lo cual es lento. El otro problema fueron los plomeros, que no estaban colocando el plomo y la pizarra correctamente. Según el arquitecto Enrique Nuere, “eran unos chapuceros y tuvimos que buscar otros”.

Tanta dilación dio tiempo a inquietar a muchos solaneros y a agudizar la sátira de otros. Llegó el carnaval y alguien bautizó nuestra población como “La Solana de la grúa”. Casi le habíamos cogido “cariño” a ese descomunal herraje de 80 metros de alto. Nos pareció mentira cuando, a mediados de abril, la grúa se fue.

Ahora, ese pedazo de historia ha sido recuperado. Ese chapitel, que parece tocar las nubes con la punta de su veleta, ya no será objeto de nostalgia imposible cuando miremos aquellas fotografías previas al fatídico 36.